

TRADUCCIONES ESPAÑOLAS DE LOS CLÁSICOS FRANCESES PUBLICADAS EN PARÍS (1890-1930)

DENISE FISCHER HUBERT
UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGLI

Como señala José Carlos Mainer, “muy pocos han destacado la importancia que en la crematística de los escritores españoles tiene hasta 1914 la impresión de volúmenes en Francia (por Garnier u Ollendorff en París) y el muy poco conocido mundo de la traducción” (Mainer 1975: 85). Intentaré pues explicar el fenómeno de las traducciones hechas en París, a fines del siglo XIX y a principios de éste, acercándome al aspecto económico, social y cultural subyacente a estas traducciones.

París vive, en los últimos años del siglo pasado y a comienzos del siglo XX una intensa actividad editorial en lengua española. Se publican allí obras originales -de escritores hispanoamericanos, la mayor parte- y, sobre todo, traducciones hechas por españoles que residen en París.

¿A qué se debe este hecho? En primer lugar la importancia y la calidad de la industria del libro en Francia en aquella época, así como el agudo sentido de los negocios que tienen los editores parisinos hacen de París la capital de la edición y de la difusión del libro. Algunas editoriales parisinas creadas en el siglo XIX han conquistado el mercado hispanoamericano abriendo sucursales -Bouret en México y Garnier Hermanos en Río de Janeiro-. Un libro publicado por estos libreros-editores tiene así asegurada su difusión por todo el continente americano. Para un escritor español o hispanoamericano verse publicado en París es signo de prestigio y da a su obra una dimensión internacional. Por otra parte, la conquista del mercado hispanoamericano por el libro forma parte de la conquista intelectual y, por lo tanto, económica. Mandando libros franceses traducidos al español a América, Francia va imponiendo su cultura en estos países y consigue así un puesto privilegiado para hacer comercio abriendo a la industria francesa el mercado de nuevos países.

Tampoco hay que olvidar que en aquella época París, ciudad considerada como la capital del mundo, tanto intelectual como artística, ejercía una fascinación de la cual escapaban muy pocos intelectuales españoles. “Centro espiritual del planeta” (Azorín 1921: 119), París era también la capital de la bohemia, de la frivolidad y de los placeres, causa no poco importante de la atracción que sentían todos los extranjeros.

¿Cuáles eran las editoriales que publicaban en castellano?

Sólo mencionaré las más importantes:

- Garnier Hermanos: todo español va a visitar a su llegada a París “la famosa editorial Garnier, durante muchos años asilo o refugio de españoles emigrados” (Zamacois 1924: 51).

- Editorial de la Vda. de Bouret.

- Librería Paul Ollendorff que comienza a publicar en español en 1905 y, en 1924, es absorbida por Albin Michel.

- Agencia Mundial de Librería, creada hacia 1925 y que dura sólo unos pocos años.

- Casa Editorial Franco-ibero-americana (o hispano-americana), fundada hacia 1910.

- Excelsior, fundada en 1923.

- Louis Michaud, establecida en 1905.

Las tres últimas fueron absorbidas por Bouret hacia 1930. Todas las casas editoriales de París que publican en español dan mayor importancia a la traducción que a las obras originales, y esto por varias razones. Casi todas (excepto Bouret, la Franco-ibero-americana y la Agencia Mundial de Librería) también publican en francés; extienden así, pues, con sus traducciones en lengua castellana, el área de su clientela, lo que supone un volumen de ventas más importante para ellas. A esto se añade la satisfacción de contribuir a un mejor conocimiento de los escritores franceses en el extranjero.

Para los españoles de París, la traducción es un modo de adquirir cierta fama. Bonafoux señala que todos los españoles se autodenominan “traductores” en cuanto llegan a París, a fin de conseguir un pequeño empleo: “Yo no sé cómo se las arreglan los más de nuestros compatriotas para improvisarse publicistas y traductores en cuanto bajan del tren en la estación del Quai d’Orsay, como tampoco sé qué privilegio tiene París para dar importancia literaria en España a cualquiera que pase una temporada en aquella ciudad” (Bonafoux s. a.: 183).

Y Bonafoux cuenta de un zapatero español, conocido como tal en Munich, que, por haber pasado por París antes de regresar a España, fue calificado de “distinguido escritor” por un periódico de Madrid. Siendo así, ¡qué será, pues, un traductor que haya publicado en las prestigiosas casas editoriales parisinas!

Las traducciones hechas en París no sólo proporcionan alguna gloria a los españoles que luego vuelven a su tierra, sino que representan, ante todo, un medio de subsistencia. Les da la posibilidad de vivir en la “capital de la cultura”, pudiendo quedarse allí un poco más de tiempo que el de unas simples vacaciones. A las traducciones tenían que añadir algún que otro trabajo, pues ninguno vivía exclusivamente de ellas; tenían que dedicarse, si no eran escritores al mismo tiempo -y aun así- al periodismo (colaboraciones en revistas o periódicos franceses, españoles e hispanoamericanos) o bien a dar clases (de español, de guitarra...).

No siempre era fácil introducirse en la Casa Garnier, o Bouret, Michaud u Ollendorff. Pío Baroja nos dice sobre su viaje a París: “Pensaba buscar trabajo en alguna empresa editorial como traductor” (Baroja 1945: 83), pero no encontró ninguna traducción. Las traducciones todavía accesibles eran escasas por la abundancia de españoles e hispanoamericanos que residían en París. Para el escritor Zamacois, que vivió también esa época de penuria de traducciones en su segundo viaje a París, el no tener más salidas representó pasar días de hambre: “Mis modestos asuntos marchaban desmayadamente; en las casas de Bouret y de Garnier, escaseaban las traducciones” (Zamacois 1924: 79).

Ciges Aparicio nos describe la vida de los traductores de París y las dificultades que encontraban: “¿Qué piensas hacer para vivir?, le pregunta un personaje de la novela al poeta recién llegado a París. - No sé... Quizás traduciré. - Mucha besaña (digo faena) y poca paga” (Ciges Aparicio s. a.: 28).

El mismo poeta trae una recomendación para el director de la editorial Iberoamericana, y éste le habla del mundo de los traductores:

¡Oh misterio de las traducciones! Los críticos que las censuran no saben que la mayoría oculta una miseria y muchas una tragedia. Hervás había visto desfilar por aquel despacho a emigrados, estudiantes, aventureros, viudas y huérfanas en la indigencia. Algunos le solicitaban una traducción por demandarle una limosna; otros le pedían la limosna a falta de traducción, o ambas cosas. Casi nadie dejaba de implorarle un anticipo en metálico si le daba trabajo. (Ciges Aparicio s. a.: 39)

Bonafoux observa también una crisis de traducciones hacia los años 1911-1912: “De la media docena de Casas que normalmente dan trabajo-escaso y mal remunerado- la mitad sufre y hace sufrir las consecuencias de un paro” (Bonafoux 1913: 184).

En cambio, el hijo de Palau y Dulcet, que está en París, escribe a sus padres en 1913 que está buscando trabajo como empleado de librería, y que no lo encuentra, mientras que si hubiese sido traductor, ya lo hubiera conseguido: “La casa Michaud es la que me dió más esperanzas, pero luego: Ah! monsieur, nous le regrettons, mais nous cherchons un jeune homme pour faire de la traduction!” (Palau y Dulcet 1935: 273-274).

¿Qué gana un traductor en París?

Sabemos por tres fuentes distintas¹ el precio de las traducciones entre 1900 et 1914: un franco por página en las casas Michaud, Bouret y Garnier. En Ollendorff, parece que el traductor cobraba de 1,20 a 2,25 francos por página. ¿El traductor era o no explotado por la casa editorial? Es difícil saberlo. Lo que parece seguro, es que la profesión de traductor estaba mejor pagada que la de

1. Zamacois 1969: 89-90; Martínez Sierra 1953: 201; Ciges Aparicio s. a.: 43.

escritor: Miguel de Toro Gómez cobró 400 francos por sus obras, mientras que por sus traducciones de 300 a 490 francos. Esto se explica por el hecho de que las tiradas de las traducciones de obras francesas eran más importantes, tenían mejor salida en el mercado español e hispanoamericano y esto daba más margen al editor.

¿Qué libros se traducían?

Para muchos, el contenido del libro importaba poco, lo que guiaba la elección del traductor no era ni el autor, ni el título de la obra, sino la cantidad de páginas y por lo tanto de dinero que recibirían: “El director prometió darle un libro a la siguiente mañana. -Que no sea extenso, decía ahora Ustóriz al secretario. Sólo para libramme del apuro. -Descuide. Lo buscaremos a medida de su necesidad” (Ciges Aparicio s. a.: 92).

En cambio, algunos traductores, más cotizados que los traductores novatos, se permitían el lujo de discutir y rechazar los encargos de traducciones cuando no les gustaban. Así, Nicolás Estévez contesta al director de una editorial que quería encargarle la traducción de *Introduction à la vie dévote* de san Francisco de Sales:

Bromas, no, licenciado. A mí no me entregue libros blancos; los verdes y los rojos son mis preferidos, y cuanto más rojos o verdes, mejor. Boccaccio y Bakunin me han hecho pasar muy buenos ratos. El último que le traduje a Gamier me aburrí para todos los días de mi vida. (Ciges Aparicio 1926: 206)

Y como el editor no disponía de libros para traducir, Estévez le propone les *Lettres de Ninon de Lenclos* (de las cuales no he encontrado rastro en la Bibliothèque Nationale).

¿Cómo se hacían las traducciones?

La opinión general es que las traducciones hechas en París son muy malas. El español que llegaba a París dominaba mal la lengua francesa. “Al mes de estar en París, hice mi primera traducción de francés, de la cual lengua no sabía, cuando llegué, una jota”, declara Romo-Jara a Bonafoux (Bonafoux 1908: 225). Pero con el tiempo, si el traductor era inteligente y trabajador, llegaba a unos resultados satisfactorios. Del mismo Romo-Jara, Bonafoux dice: “Ahora traduce e interpreta bien obras selectas de los Maupassant et Prévost” (id.).

Varios españoles coleccionaban los disparates que encontraban en las traducciones de sus compatriotas: algunos debidos a la falta de comprensión del texto francés por parte del traductor neófito, otros debidos al olvido de la lengua materna al transcurrir de los años -lo que ocasionaba unos galicismos bastante sabrosos-. López Lapuya, encargado de la revisión de los textos en la editorial Franco-ibero-americana, cita unos cuantos. Algunas barbaridades provienen más de la distracción que de la ignorancia, así como del deseo de ir rápido cuando se le paga a uno por página traducida.

Así, un competentísimo escritor traduce a La Bruyère diciendo: “Hay que alquilar el trabajo del obrero. Es el *louer* francés: sólo que si *louer* significa ciertamente alquilar, también significa elogiar y ésta es la traducción que en el texto de La Bruyère procede” (López Lapuya 1927: 181).²

Pero, por lo general, los editores no proponían las traducciones de los grandes clásicos franceses sino a los traductores avezados.

Algunos traductores de obras clásicas entre 1890 y 1930

Sólo citaremos algunos traductores conocidos en la colonia española de París. Varios trabajaban en la editorial Garnier, en la redacción de un *Diccionario Enciclopédico* -una de las grandes empresas de la Casa Garnier- publicado entre 1895 y 1898. Entre los “enciclopedistas” encontramos a:

MIGUEL DE TORO GÓMEZ. Licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras, secretario particular de Sagasta, deja España para instalarse en París donde residió durante 30 años, dedicándose a la enseñanza, a la elaboración de diccionarios bilingües -publicados en Armand Colin- y de gramáticas españolas. Sus traducciones son numerosas (hemos localizado 24 títulos, uno de los cuales es de diez volúmenes, y otro de cuatro). Entre éstas, sólo figuran dos escritores clásicos: Bossuet (*Las oraciones fúnebres*) y Fénelon (*Telémaco*) cuya traducción, hecha ya por Nicolás de Rebolleda, revisa y anota para una nueva publicación. Toro Gómez marcha para Argentina en 1912, quedándose su hijo Miguel de Toro y Gisbert en París donde publicará en español y también en francés numerosas obras destinadas a la enseñanza, así como varios diccionarios.

NICOLÁS ESTÉVANEZ Y MURPHY. Oriundo de Canarias, tras haber realizado estudios militares, se moverá en un ambiente revolucionario que le obliga a huir a París una primera vez en 1868. De vuelta a España, es nombrado gobernador de Madrid y ministro de la Guerra de la I República española en 1873. A la caída de la República, Estévanez tiene que huir de nuevo y en 1876 se instala en París. La generación de emigrados de 1876, así como la generación siguiente de principios del siglo XX vivían con penurias en París. Estévanez colaboró en varios periódicos con artículos y poemas de inspiración política. Frecuentaba el Café de Flore, donde se encontraba con Pío Baroja con quien tenía amistad, Rémy de Gourmont y a veces Henri de Régnier. Estévanez muere en París en 1914, en vísperas de la primera guerra mundial. Entre sus traducciones encontramos obras de Cyrano de Bergerac, La Bruyère, Montesquieu y Diderot.

CONSTANTINO ROMÁN SALAMERO. Llega a París tras recibir una carta de Ricardo Fuente animándole a reunirse con él, y entra en el equipo de los redactores del *Diccionario Enciclopédico*, donde se gana la simpatía de todos por su carácter amable. Es, según sus compañeros, un aficionado a los libros, que colecciona en su pequeña buhardilla. Garnier le confía la traducción de los

2. Este “competentísimo escritor” al que se refiere López Lapuya podría ser Nicolás Estévanez, quien tradujo para la editorial Garnier *Los Caracteres* de La Bruyère.

Essais de Montaigne (publicada en 1899), que le da bastante fama ya que al referirse a él en sus memorias, sus contemporáneos siempre añaden, detrás de su nombre, la precisión “el traductor de Montaigne”. L. Lapuya incluso dice que desde entonces “se abrió para él una nueva época: antes y después de su traducción” (López Lapuya 1927: 174). Zamacois le llama “este benemérito traductor de Montaigne” (Zamacois 1969: 95).

ARTURO VINARDELL ROIG. Catalán y periodista republicano condenado a ocho años de exilio, Vinardell se instala en París en 1887, donde colabora en varios periódicos, fundando él mismo algunos. Da varias conferencias en la Sorbona y traduce al francés algunos dramas de Àngel Guimerà. Traduce al español las *Cartas amatorias* de Mirabeau y las *Obras completas* de Xavier de Maistre.

MANUEL MACHADO. Participó con su hermano Antonio en las versiones posteriores del *Diccionario Enciclopédico*. Las razones de su marcha a París son de orden económico. La situación de la familia Machado no es muy boyante y Eduardo Benot aconseja a los dos mayores que se vayan a París donde Estévanez podrá abrirles las puertas de la editorial Garnier. Manuel se va primero para allanar las dificultades y en marzo del 1899 está en París donde empieza a traducir. Sus estancias serán más largas y numerosas que las de su hermano. Vivirá en París en 1902, luego en 1906 trabajando, sentado en el Café de la Source, en varias traducciones para Garnier y tras la guerra mundial viviendo en contacto con el mundo del teatro, codeándose con Courteline, Sacha Guitry, Antoine... Publica diez traducciones, tres de las cuales son de escritores clásicos: La Rochefoucauld, Descartes, Vauvenargues.

Al margen de los que hemos llamado “enciclopedistas”, destacan dos nombres de traductores de obras clásicas: Muñoz Escámez y Eugenio d’Ors.

JOSÉ MUÑOZ ESCÁMEZ. Licenciado en Letras, periodista, escribió y tradujo cuentos para niños, publicados por Calleja en Madrid. Instalado en París, entra, gracias al guatemalteco Gómez Carrillo, en la editorial Michaud pasando luego a la Franco-ibero-americana, donde desempeña el cargo de director. Además de su trabajo de director y de escritor -él mismo escribe un volumen para cada colección de su editorial- se dedica al periodismo y organiza juegos florales en el Centro Español de París. Entre sus traducciones figura una de Voltaire, de 1909.

EUGENIO D’ORS. Tras haber estudiado en la Universidad de Barcelona, Eugenio d’Ors va a París en 1906 para ampliar sus conocimientos en la Sorbona y en el Collège de France. Se aloja en la misma pensión que los Martínez Sierra con los que le unirá una estrecha amistad. De vuelta a Madrid, D’Ors encuentra dificultad para darse a conocer. Decide entonces establecerse en París donde, reconocido como crítico, filósofo, historiador y moralista por la crítica francesa, sus obras se difunden y se traducen. D’Ors traduce en 1917 las *Pensées* de Pascal.

En el tercer decenio del siglo XX se modifica considerablemente el panorama editorial en Francia. Con la crisis económica iniciada en América y

que ahora alcanza a Europa, quedan olvidadas la *Belle Époque* -época de la guerra- y *Les Années Folles* (1920-1930). Muchas editoriales que publicaban en español tienen que cerrar sus puertas y vender sus fondos. Los traductores regresan a su país, faltos de traducciones, coincidiendo su vuelta con el cambio de gobierno en España y la creación de nuevas editoriales en Madrid.

¿Cuál fue el alcance de las traducciones hechas en París?

Los editores franceses consiguieron que las mismas obras que publicaban en francés encontraran salida en un mercado nuevo: el de España y, sobre todo, el de Hispanoamérica. Por otra parte la convivencia de los españoles de París con escritores franceses tuvo consecuencias en la literatura española dando a conocer no sólo obras clásicas, sino también modernas. Simbolismo, modernismo, surrealismo penetraron en España gracias a estos traductores “viajeros”.

APÉNDICE

LISTA DE TRADUCCIONES PUBLICADAS EN PARÍS

ESCRITORES DEL SIGLO XVI

MONTAIGNE, Michel de. 1899. *Ensayos de Montaigne, seguidos de todas sus cartas conocidas hasta el día*. Traducido por 1ª vez en castellano con la versión de todas las citas griegas y latinas que contiene el texto por Constantino Román Salamero, París, Garnier H., 1899, 2 vol. (“Biblioteca de autores célebres”).³

ESCRITORES DEL SIGLO XVII

BOSSUET, Jacques Bénigne. 1913, 1924, 1938. *Oraciones fúnebres y panegíricos*. Nueva edición con arreglo a la edición de Versalles mejorada y enriquecida con el auxilio de los trabajos más recientes sobre Bossuet y sus obras. Traducción de Miguel de Toro y Gómez, París, Garnier H., XII-404 pp. (“Biblioteca de autores célebres”).

BOURDALOUE, Louis. 1909. *Sermones morales, seguidos de un compendio analítico, copiosas notas bibliográficas e históricas, con una introducción por N. J. Casas*. Traducción de Casas. París, Ollendorff, XXVI-411 pp. (“La oratoria sagrada en Francia”).

CYRANO DE BERGERAC, Sabino. s. a.⁴ *Historia cómica de los estados e imperios de la luna y del sol*. Traducción de Nicolás Estévez, París, Garnier H., XII-470 pp. (“Biblioteca de autores célebres”).

CYRANO DE BERGERAC. s. a. *Viaje a la luna y al sol*. Sin nombre de traductor, París, Ed. Louis Michaud, 300 pp. (“Autores selectos”) [anunciado como novedad en la revista *Elegancias* de 1913].

DESCARTES, René. 1910. *Selección de textos*. Traducción de Anselmo González, París, L. Michaud (“Los grandes filósofos”).

3. La editorial Ateneo de Buenos Aires volvió a publicar esta misma traducción en 1948 (en 2 vols., “Clásicos inolvidables”) y lo mismo hizo la editorial Losada en 1951.

4. El *Manual del librero hispanoamericano* de Antonio Palau y Dulcet indica 1902.

- DESCARTES, René. 1921, 1938. *Obras completas. Discurso sobre el Método, Meditaciones Metafísicas, De las pasiones en general*. Traducción de Manuel Machado, París, Garnier H., XV-395 pp. (“Biblioteca de autores célebres”).
- FÉNELON. 1891. *La aventura de Telémaco*. Traducción de Nicolás de Rebolleda. Revisada y anotada por Miguel de Toro y Gómez, París, Garnier H. [en el catálogo Garnier de 1926 este libro figura bajo la rúbrica “Libros de enseñanza: lectura”].
- LA BRUYÈRE, Jean de. 1890. *Los caracteres de Teofrasto, traducidos del griego con los caracteres o las costumbres de este siglo [...] con un juicio de Sainte Beuve*. Obra traducida de la última edición francesa por Nicolás Estévanez, París, Garnier H., XXI-358 pp. (“Biblioteca de autores célebres”).
- LAFAYETTE, Mme de. s. a. *La Princesa de Clèves*, París, Ed. Louis Michaud (“Autores selectos”). [Sin nombre de traductor].
- LA FONTAINE. *Fábulas traducidas en verso castellano por Lorenzo Elizaga*, París, Vda. de Ch. Bouret (“Biblioteca de los adolescentes”, catálogo de 1938).
- LA ROCHEFOUCAULD. 1914-1916. *Reflexiones, sentencias y máximas morales. Precedidas de un retrato literario por M. de Sainte Beuve de la Academia Francesa*. Traducción de Manuel Machado, París, Garnier H., LXVI-194 pp. (“Biblioteca de autores célebres”).
- MOLIÈRE. 1927. *Dos comedias: El Misántropo. Las mujeres sabias*. Adaptación al castellano por Dr. J. Alfredo Ferreira, París, Cabaut Edit., XII-194 pp.
- PASCAL, Blas. 1917. *Pensamientos*. Traducción de Eugenio d’Ors, París, Garnier H., 559 pp. (“Biblioteca de autores célebres”).
- SCARRON, Paul. 1907. *La novela cómica*. Traducción de Miguel A. Rodenas, París, Garnier H. (“Biblioteca de autores célebres”).
- SÉVIGNÉ, Mme de. 1888. *Cartas escogidas de Mme de Sévigné acompañadas de notas precedidas de observaciones literarias por M. de Sainte-Beuve*. Trad. de Fernando Soldevilla, París, Garnier H. (“Biblioteca de autores célebres”).

ESCRITORES DEL SIGLO XVIII

- DIDEROT, Denis. 1897-1913. *Obras escogidas. Precedidas de su vida, por Madame de Vandeuil, su hija, y una introducción por F.Tulou*. Traducción de Nicolás Estévanez, París, Garnier H., 2 vol.: XLIII-377+405 pp. (“Biblioteca de autores célebres”).
- MIRABEAU. 1891. *Cartas amorosas de Mirabeau*. Primera traducción española común. Precedido de un estudio sobre Mirabeau por Mario Proth. Prólogo del trad. Arturo Vinardell Roig, París, Garnier H., LXVII-299 pp. (“Biblioteca de autores célebres”).
- MONTESQUIEU. 1921. *Del espíritu de las leyes*. Traducción de Nicolás Estévanez, París, Garnier H., 2 vol.: XLIII-503+505 pp. (“Biblioteca de autores célebres”).
- ROUSSEAU, Jean-Jacques. 1895. *Emilio, o la educación*. Traducción de Ricardo Viñas, París, Garnier H., 2 tomos (“Biblioteca de autores célebres”) [catálogo de 1926].
- VAUVENARGUES, Luc Clapiers de. 1914-1915. *Obras escogidas, con notas de Voltaire, Morellet, Suard, Fortia, etc. precedidas de un prólogo sobre la vida de Vauvenargues por Suard*. Traducción de Manuel Machado, París, Garnier H., XXXIX-264 pp. (“Biblioteca de autores célebres”).
- VOLNEY, Conde de. 1889/1903/1905/1912. *Las ruinas de Palmira; la ley natural y la historia de Samuel*. Traducción de Prieto y Villarroel, París, Garnier H. (“Biblioteca de autores célebres”).
- VOLTAIRE. 1897. *Novelas escogidas*. Traducción del abate José Marchena Ruiz de Cueto, revisada, completada y anotada por Amador de Castro, París, Garnier H. (“Biblioteca de autores célebres”).